

“Tres meses hace que están concluidas las operaciones militares y las provincias en paz, y todavía don Pablo Morillo no me las ha entregado, ni trata de acordar la guarnicion que deba quedar en ellas, como lo tiene prevenido S. M. Este paso es preciso y desde luego lo ha debido dar para que fijado un punto tan esencial se retirase lo demas del ejército á donde mas conviniera y pudiera ser mantenido, ya que este reino no puede sobrellevar los gastos que ocasiona.” (1)

Montalvo escribió esto á la corte con fecha 29 de agosto, quejándose, como se acaba de ver, de que haciendo tres meses que todo estaba en paz cesando las operaciones militares, no le hubiera entregado Morillo las provincias ni designado la guarnicion que debería quedar permanente, disponiendo del resto del ejército que gravaba duramente á los pueblos. Pero ¿cómo se habia de apurar don Pablo Morillo en desocuparnos de ese inútil ejército, si su permanencia le estaba proporcionando tanto dinero de donativos voluntarios y multas que sacaba so pretexto de mantenerlo? Y como para nada de esto se entendia con el virey, el arreglo de cuentas era imposible. Cabalmente en esos tres meses de junio, julio y agosto era que estaba recogiendo las cantidades siguientes:

Multas impuestas por el consejo de purificacion -----	59,783
(Entre estos purificados hubo tres fusilados, Jorge T. Lozano, Emigdio Benitez y José Ayala).	
Multas impuestas por el consejo de guerra -----	5,000
Donativos voluntarios para mantener el ejército -----	110,121
(Entre estos está Arrubla en 500 pesos y luego fué fusilado).	
Donativos voluntarios de comerciantes -----	28,413
Id. id. de clérigos -----	5,888
(Entre estos figuran Duquesne, Pey y Caicedo, cada uno por 300 pesos).	
Id. id. de id. -----	14,220
(Entre estos están comprendidos, por segunda vez, Pey y Duquesne; el primero por 6,000 pesos y el segundo por 5,000 y estaban presos, lo mismo que Caicedo, y fueron mandados á Puerto-Cabello con donativos voluntarios y todo).	
Id. id. de pulperos -----	1,759
Id. id. de artesanos -----	209
Id. id. del Zitará -----	9,000
Id. id. por valor de 268 caballos de Vélez -----	8,040
Id. id. de Antioquia en dinero, sin contar efectos -----	129,783
	<hr/>
	372,216

No se incluyen todos los donativos que en la misma clase de voluntarios y para el mismo objeto se recogieron en ganados, caballos, mulas, mantas, lienzos y otros artículos en diversas provincias y pueblos.

(1) Este documento está inserto en la relacion de mando que el virey don Francisco Montalvo dejó á su sucesor don Juan Sámano, la cual se halla en su original manuscrito en la biblioteca nacional, coleccion de Pineda.

CAPÍTULO LXV.

Episodios de la tiranía—Don Pedro Groot, don José Miguel Pey, el doctor Céspedes, don Miguel Ibáñez—Geniadas de don Pablo—Elogios prodigados á Morillo y Enrile por el editor de la Gaceta—Morillo puso el gobierno eclesiástico en manos del clérigo Villabrille, vicario del ejército—Este intruso usurpó la jurisdiccion eclesiástica—Hizo nombramientos de curas—Pillage de las alhajas de las iglesias de los pueblos—El capellan Melgarejo, compañero de Villabrille—El arzobispo don Juan B. Sacristan se embarca en la Habana y viene á Cartagena—Espide su primera pastoral—Reclamacion dirigida á Morillo sobre las prisiones de los eclesiásticos—Reclama contra la usurpacion del clérigo Villabrille—Nombra de provisor al canónigo Leon—Sale de Cartagena y viene á Mompox—Reprimenda que le dirige al doctor Pichot que hablaba contra los patriotas—Llega á Guáduas—El padre Betero—La madre Petronila Cuéllar, monja de la Enseñanza—La madre Castillo, monja de Tunja, y sus admirables escritos.

Entre tantos episodios de este gran drama de angustias y de sangre hay algunos que merecen particular mencion.

El lector sabe que don Pedro Groot, oficial real de Santafe, era uno de los hombres mas comprometidos en la revolucion del 20 de julio; porque él entregó al pueblo en aquel dia el armamento que el virey habia puesto á su cuidado: que fué electo miembro de la suprema junta en esa noche por el pueblo; que fué miembro de la representacion nacional; representante en el colegio electoral y presidente del senado. Con todas estas recomendaciones, que cada una de ellas bastaba para hacerlo ahorcar, cayó en manos de los expedicionarios en Ibagué, donde se hallaba desterrado como centralista y enfermo; ocasion que tomó para fingirse mudo y ebetado en aquellos momentos.

Así lo condujeron á la capital en un guando, con escolta española. Encerrado en la prision, apenas se consiguió que permitiesen le acompañase su esposa doña Manuela Montenegro, para que le diera el alimento, pues él fingia una completa incapacidad para ejercer por sí funcion alguna. Sin embargo, así lo llevaron con soldados, atado en una silla de brazos para que lo reconocieran los médicos del hospital militar y después al consejo de guerra, haciendo paradas con él en las calles para que se amontonase la gente á verlo, y todo con el fin de observar los movimientos de su semblante, porque sospechaban la ficcion.

En el consejo de guerra hicieron los vocales varios ensayos y pruebas con él á ver si podia firmar, para lo cual le ponian la pluma entre los dedos y el papel junto; pero él la dejaba caer y nada inmutaba aquel semblante alelado que afectaba perfectamente. Le digeron que habia sido condenado á muerte: nada lo inmutó. Lo metieron en capilla con otro; la misma indiferencia. Entró el sacerdote á auxiliarle: nada le decia. Toda la noche oyó ayudar al compañero, que agonizaba vivo, don Pedro Groot nada decia.

Por la mañana vino la escolta á la capilla con el aparato lúgubre del Monte de piedad de los hermanos de la Veracruz: sacan al compañero de don Pedro; fingen que lo sacan á él; pero como no se inmuta, lo dejan allí. Esta fué la última prueba á que lo sujetaron para cerciorarse del verdadero estado de este hombre tan extrañamente martirizado.

Así se mantuvo en la prision hasta que el virey Montalvo publicó su amplio indulto que lo comprendió y salió á su casa, sin dejar de hacer el papel de mudo, hasta el año de 1819, en que habló y se levantó de la cama, despues de entrar en Santafe las tropas libertadoras. Todos quedaron sorprendidos, porque en el secreto no estaban sino su esposa y sus hermanos.

Refiriendo despues las penas interiores que habia sufrido, principalmente en la capilla, decia que su resolucion era sostener su papel hasta que lo sentaran en el banquillo, y que llegado á este término, llamar al sacerdote que lo confesase, para lo cual estaba interiormente dispuesto.

Don José Miguel Pey, el primer presidente de la Nueva Granada, electo la noche del 20 de julio, brigadier de sus ejércitos y gobernador de Cundinamarca en 1815, no fiándose de los indultos de La Torre, se fué á ocultar á los montes de Fusagasugá, donde un pobre lo escondió en una cueva. Permaneció allí los tres años que duró la dominacion española, sin que nadie supiese de él sino sus hermanas y el hombre que lo habia ocultado, quien le llevaba los precisos alimentos con mil trabajos para no ser observado de las gentes. Por supuesto, tuvo que pasar mil necesidades y sustos diariamente, porque habiéndose tenido indicios de estar por aquellos montes, mandaron gente á buscarlo, y hubo vez de estar los soldados tan inmediatos á la cueva, que oia sus voces. Estos trabajos los pasaba un hombre de edad, acostumbrado á una vida delicada.

El presbitero doctor Céspedes, profesor de botánica, que tambien habia sido muy patriota, huyó á los montes por el lado de Neiva, donde otro buen hombre lo condujo á un sitio recóndito en el cual hizo un rancho de palma para habitar, y á donde aquel hombre le llevaba el alimento que podia. Algun tiempo hacia que estaba en aquel escondrijo entretenido en herborizar. Su trage era el de un rústico para que, si llegaba á ser visto, no hiciesen alto en él. Al disfraz del vestido ayudaba el fisico, que era sumamente vulgar. A poca distancia de la habitacion del doctor Céspedes fijaron la suya el doctor Isidoro Carrizosa y otros patriotas compañeros suyos que habian ido á refugiarse al monte, guiados por la misma persona que habia ocultado al doctor Céspedes. Uno de estos individuos fué atacado de un grave accidente y creyéndolo de riesgo, el hombre que los asistia dijo á Carrizosa que si queria le traeria un sacerdote para que confesara al enfermo. Extraño pareció que por allí hubiera sacerdote, pero habiéndole dicho que lo tragese, á poco vino el hombre con el doctor Céspedes. Al verlo creyeron que fuera una chanza porque no era de mejor catadura que el conductor; pero al hablarse conocieron quién era. Instado para que se quedase con ellos no quiso, porque decia que allí no estaban muy seguros. Sin embargo, venia algunos dias á visitarlos y aun se detenia á comer. Allí habian armado un toldo bajo del cual estaban en uno de esos dias comiendo con el doctor Céspedes, cuando de repente oyen ruido de armas y caballos; miran y se encuentran rodeados de soldados. Ya se puede considerar cómo quedarían todos ellos. En el acto la órden fué de seguir presos. El doctor Céspedes pidió por favor al oficial que le permitiera ir con un soldado á su rancho á traer su ropa y el breviario. El oficial lo mandó con dos soldados; pero el doctor Céspedes era ya práctico de la montaña, y como los soldados no lo eran, no sabian á donde se dirigia, hasta que llegados al borde de una peña tajada, el doctor Céspedes se descolgó por el precipicio sin que ninguno de los dos se atreviera á seguirlo, contentándose con hacerle dos tiros en balde.

Cayó el doctor Céspedes sobre la copa de unos árboles, hiriéndose una pierna con un garrancho. Los soldados volvieron á dar parte al oficial de que el hombre se habia botado por una peña, y que no pudiendo seguirle, lo habian matado de un balazo, lo que consternó en extremo á los otros presos.

Hallóse el doctor Céspedes en lugares desconocidos, donde no habia pisado planta humana; los tigres y otros animales temibles eran los habitantes de esos desiertos. El clérigo por fortuna era hombre de fuerte constitucion, acostumbrado en sus excursiones botánicas á los soles, á los aguaceros y á trepar riscos. Anduvo mas de cuatro meses perdido, manteniéndose con frutas silvestres y raices, valiéndole en esta ocasion mucho los conocimientos botánicos para saber de cuáles podria alimentarse ó no. Varias veces tuvo que pasar la noche sobre los árboles temiendo los tigres, y para poder dormir sin riesgo de caer, tenia que amarrarse con bejucos. Pero no estaba esento de las abispas, hormigas y otros bichos, ni de que las culebras le pasaban algunas veces por encima, aunque sin hacerle daño, por estar curado con *guaco*. Así anduvo sufriendo por mucho tiempo y con su pierna herida, hasta que fué á salir á los Llanos de San Juan y San Martín, por donde anduvo sin darse á conocer, trabajando de jornalero en las estancias, hasta que se publicó el indulto, al cual se acogió.

Haciéndonos relacion de estos trabajos el mismo doctor Céspedes, decia que cuando mas en peligro se veia en la soledad de las montañas oyendo bramar los tigres, se consolaba con pensar que habia escapado de manos de los soldados de Morillo; que fuera de este riesgo los demas le parecian nada.

Pero aun hay otro caso de esta especie que no podemos dejar de referir. El doctor Miguel Ibáñez estaba preso en el colegio del Rosario. Sentenciado á muerte en el consejo, lo hizo saber á su criado desde una de las ventanas que daban á la calle, en un momento de descuido de los centinelas. El criado que era inteligente y sumamente fiel, habia hablado con él de la misma manera el día ántes y se habian entendido en lo que se debia hacer. Pasa el criado cerca de las seis de la tarde á la puerta del colegio á llevarle chocolate á Ibáñez, que envuelto en una frazada se paseaba en el claustro esperando la ocasion prevenida. El criado entregó el servicio á un soldado venezolano del batallon de Numancia, que hacia la guardia, para que se lo llevase al doctor Ibáñez. Este tenia una onza de oro en la mano, y tan luego como el soldado le presentó el refresco, le puso la onza en la mano y quitándole la gorra se la plantó en la cabeza y le dijo: espérame, que ahora mismo vuelvo; y tomando la vuelta del claustro se salió por en medio de la guardia, que lo tuvo por un soldado. Juntóse al salir con el criado que lo aguardaba en la calle y éste lo condujo á una tienda inmediata donde era conocido. Allí le quitó la gorra y le puso un sombrero; la noche habia cerrado y á favor de la oscuridad lo llevó á una casa conocida, situada en la calle del Molino del Cubo, donde permanecieron esa noche. A todo esto la ciudad estaba alborotada porque al ir á poner á Ibáñez en capilla no se le encontró, y al siguiente dia las patrullas andaban registrando casas y tiendas. Morillo estaba violento y se decia que iba á mandar tocar á degüello, cosa que, aunque fuera inverosímil, la gente lo creia muy posible para aquel jefe, y todos estaban en espantosa alarma. La señora casera le dice á Ibáñez que se vaya inmediatamente porque ya están registrando casas. Apenas entra la noche el criado conduce á Ibáñez ácia el cerro de la Peña, donde permanecen

ocultos entre la maleza. Al aclarar el día bajaron por cuerdas extraviadas y fueron á ver si podían desayunarse, aunque sin tener un real, á una casa de chichería á la salida de la ciudad, donde tenía el criado conocimiento con la patrona, quien los hizo entrar á la cocina diciendo que había riesgo de que fuera gente; y en efecto, á poco se apareció un sargento de caballería español, con tantas barbas, arrastrando el latón, y por desgracia alcanzó á ver al criado. Pregunta á la amiga:

—¿Quién es ese hombre?

Ella le dice que es un neivano que ha posado allí.

—Pues que se vaya el neivano antes de que le baje la cabeza. La mujer dice al neivano que se vaya inmediatamente, y haciendo entrar al sargento á una pieza interior, el criado sale volando con Ibáñez para la calle y tomando camino de largo fueron á dar á Canoas, donde un buen campesino les dió de almorzar y los habilitó con cuatro reales, porque conoció cómo iban. De allí se internaron en los montes de Tequendama, donde permanecieron en un rancho de pencas de fique, pero ya auxiliados por el dueño de las tierras, hasta que se publicó el indulto general, á favor del cual se presentó Ibáñez, sin que le sirviera del todo, porque lo desterraron á una isla, y en la navegación fué cogido por un corsario inglés que lo libertó. (1)

Morillo tenía sus geniadas, de las que nadie estaba libre. El lector conoce á don Manuel Benito de Castro, nuestro poder ejecutivo del año de 12; hombre tan raro é inocente y de carácter tan excepcional, que no era posible mandarlo al banquillo ni á presidio. La presidencia de este individuo fué mirada por Morillo como el pecado de un niño, y sin duda por eso lo dejó libre; mas no de sacarle una buena multa. Vivía don Manuel sosegado en su casa, siguiendo imperturbable en su metódico modo de existir, cuando el asistente del alojado reparó en el rincón de una de las lóbregas salas de aquella anticuada casa, un espadín de ceremonia, tan tomado de moño que no pudo sacarlo de la vaina; pero él dijo al oficial que allí había una espada; y no fué menester mas para que Morillo lo supiera. Es de saber que se había publicado un bando mandando que todos entregasen las armas que tuvieran. Don Pablo mandó por don Manuel B. de Castro y por la espada que no había entregado. Pero ¿cómo don Manuel había de hacer tanto honor al espadín que lo creyera comprendido en el bando? Presentóse con el oficial á Morillo, quien en vista del cuerpo del delito, en vez de reirse, le echó un cerro de pestes encima y le dijo: “Ahora mismo se marcha usted desterrado para Tunja.” Don Manuel entendió la cosa tan al pié de la letra, que sin aguardar á que se le conmutara la pena en banquillo, salió del palacio, y como otro Lot, sin mirar para su casa, de allí tomó camino para Tunja con capa colorada y sombrero de tres picos, sin decir á nadie nada. Dieron las doce, hora precisa en que abría su cuarto para que le llevasen la comida; y como no parecía, se le tuvo por muerto, porque solo así podía haber faltado á su reglamento de vida. Se le busca en las casas conocidas; no parece: salen los criados á preguntar por él á las gentes de la calle, dando las señas infalibles de la capa colorada y el sombrero al tres. Entónces dan razon de haberlo visto tomar cierta direccion. Con las señas fueron á dar los criados hasta San Diego. Allí les digeron que había tomado el camino de Chapinero.

(1) El criado de Ibáñez existe en Bogotá y su nombre “Salvador” correspondió á sus hechos, de que él mismo nos ha referido los pormenores. Su honrada conducta lo caracteriza hasta ahora.

Volieron á avisar á la casa, donde ya sabían lo que había pasado con Morillo, y mandándole caballo y aperos de viaje le alcanzaron por el Chicó.

No se escapó de otra geniada el mayor de plaza don Vicente Córdova, sin que le valiera la presidencia del tribunal de purificación. Hubo cierta falta insignificante en la parada de las guardias, y Morillo, que observaba desde el balcón, llamó al mayor de plaza, y despues de una buena reprimenda le dijo: “De aquí mismo se va usted arrestado á Monserrate por tres días, y yo lo he de ver subir con el antejo.” Córdova obedeció callado y tuvo sus tres días de aguantar el frío de Monserrate.

Formó Morillo una guardia de honor para llevar á Carácas, entresacando de los cuerpos de tropa los negros mas finos y corpulentos, los que uniformó de todo lujo á la turca, poniéndoles cintillos de cuentas de vidrio y aretes de oro. Estos estaban encargados de cuidarle los caballos que tenía en el palacio, y se divertía por las tardes desde el balcón, haciendo soltar en la plaza un hermoso rucio, que salía á correr y brincar por toda ella, jugando con los negros. Morillo se divertía, pero las gentes que transitaban tenían gran molestia temiendo los atropellones de aquel animal. Este caballo se le desbocó al pacificador al ir á mandar una gran parada á San Victorino, en la tarde del día de san Calixto y lo echó á rodar por el muladar del río de San Francisco. El gacetero dió noticia al público de este acontecimiento en el número 196 de la Gaceta, y decía que si no hubiera sido por la destreza con que S. E. supo deshacerse del caballo, se habría llenado de luto y consternación esta ciudad. Era esto una ironía? Solo así podría decirse.

En fin, Morillo se hizo temible de todos modos hasta entre los mismos suyos, y probó bien la fidelidad y nobleza con que cumplía lo prometido en las proclamas é indultos que publicaba, y cómo llenaba, segun decía en uno de esos documentos, “Las benéficas intenciones de su amado soberano, á quien nada era mas dulce para su corazón que emplear en todos sus vasallos los afectos de su piedad y clemencia, y así se fraternizaba, segun la espresion de Latorre, con un pueblo que con lágrimas de ternura los había recibido entre sus brazos.” Y parece que para agregar á la felonía la burla y el sarcasmo, el gacetero decía en aquellos días de tormento y luto: “Entre tanto el augusto Fernando echa una mirada de compasión sobre estos sus hijos extraviados: su corazón sensible y paternal se siente lastimado de tantos males... Manda á sus guerreros obedientes bajo la conducta de los héroes Morillo y Enrile: “surean los mares; atraviesan desiertos y montañas inaccesibles; disipan solo con su presencia las fuerzas que se oponen, y el ejército pacificador se deja ver como el iris de reconciliación y de paz.”

En otra gaceta, elogiando el celo piadoso de los jefes expedicionarios, decía: “El cuidado y esmero del excelentísimo señor general en jefe no se ha ceñido tan solamente al bien temporal de los habitantes del reino, sino que se ha extendido á proporcionar auxilios á las iglesias pobres. La siguiente lista manifiesta los paramentos y alhajas que por mano del señor provisor doctor don Antonio Leon, ha mandado dar S. E. para el pueblo de San Vicente de Chucurí.” (1)

Estos ornamentos y alhajas eran sacados de la casa de secuestros,

(1) Podía el gacetero haber presentado también la lista de los vasos sagrados y otras alhajas que el vicario del ejército pacificador Luis Villabrillo se apropió de las iglesias de varios pueblos.